

ESCLAVOS DEL TELEVISOR

Un peligro:
la aparición del teleniño

«CADA día se queda pegado allí durante horas y horas, y ¡ay! de quien intente apartarlo de allí: entonces vienen los lloros, los gritos, las pataletas, las convulsiones». Entre las madres es ésta, ahora, la confidencia más difundida, el argumento en el que se encuentran todas de acuerdo. Pero, después, se dividen inmediatamente en dos partidos, irremediablemente opuestos: las que aprueban —por caridad, es una verdadera felicidad, si no fuese por ella no sabría qué hacer con mis hijos— y las que se quejan y protestan —basta tenerla en casa y los chicos se hacen todos iguales, con la cabeza embotada de estupideces—. Pero, ¿quién es esta nueva «baby-sitter» tan discutida, esta gobernanta despótica y exclusivista que encadena a los niños y de la que aún no se sabe bien si hará pequeños genios o una generación de drogados televisivos?

La respuesta es fácil y afecta, según las estadísticas, por lo menos a dos millones de niños, sólo en Italia. De hecho, son tantos los italianos por debajo de los dieciséis años que pasan regularmente una parte de su jornada ante la pantalla televisiva. Y no es una porción de tiempo desdeñable: cerca de una hora y media, dicen también las estadísticas, cada veinticuatro, lo cual quiere decir que los niños dedican a la televisión mucho más tiempo de cuanto se dedica a cualquier otro espectáculo y, quizá, bastante más tiempo del que transcurran jugando al aire libre o haciendo los deberes de la escuela. Bastan estos datos para comprender que el problema planteado de las relaciones entre televisión y público infantil, después de haber sido descuidado durante largo tiempo, amenaza con convertirse de improvisado en uno de los problemas pedagógicos más importantes de nuestro tiempo. Educadores y especialistas de todos los países se hallan de acuerdo en este punto: la televisión ha entrado en el mundo del niño con la violencia y la precipitación de una revolución. Lógico, por tanto, que las consecuencias de esta revolución sean numerosas e importantes y que para estudiarla se haya movilizado en estos últimos años un ejército de psicólogos, sociólogos y expertos en «mass media».

la cubierta de linus

¿Cuál es el resultado de todo este trabajo? Algunas consideraciones muy interesantes sobre las características principales de la relación niño-televisión. La primera, y quizá la menos tranquilizante, es que ningún otro medio de comunicación al igual que la televisión tiene para los jóvenes un grado tan elevado y rápido de hábito. Para los niños, mirar la televisión se convierte en una costumbre de la cual no pueden prescindir. En una en-

cuesta realizada recientemente sobre un grupo de 4.500 muchachos ingleses, se estableció que son suficientes sólo cuatro o cinco semanas, desde la instalación del aparato de televisión en el hogar, para elaborar una férrea rutina, con horarios rígidos y precisos, casi militares, que son respetados incluso a costa de grandes sacrificios.

Pero los estudios han revelado también algunos elementos nuevos y sorprendentes. Por ejemplo, la atracción televisiva sobre los más pequeños, al menos, actúa en base a un esquema clásico de la psicología del niño: la televisión lo atrae sobre todo porque se ofrece como intermediario asegurador entre él y el mundo, es decir, funciona como la cubierta de Linus, un objeto familiar que le anima a afrontar los otros objetos misteriosos y casi terroríficos del ambiente exterior. Una prueba de esta acción aseguradora de la TV está dada por la lista de los programas preferidos por los niños, donde en primerísimo lugar se encuentran las «series» referentes a las vidas de las familias típicas, particularmente unidas, felices y serenas, en las cuales el pequeño encuentra mayores motivos de confort y bienestar.

Cerca de diez niños sobre cien pueden ser definidos sin demasada exageración «television addicts», drogados televisivos, y son los que denotan tiempos diarios de recepción

superiores a los valores medios ya muy elevados, situados entre la hora y media y las dos horas diarias para los países europeos y las dos horas y media y las tres horas para los niños americanos. Es un descubrimiento bastante preocupante, tanto para los padres como para los educadores: ¿puede narcotizar la televisión a un niño como una verdadera droga? Y, ¿cuáles son las consecuencias sociales, psicológicas del estado del «television addict»? Los expertos son optimistas; en la gran mayoría de los casos, dicen, los «addicts» son muchachos perfectamente normales, caracterizados, sin embargo, por un nivel de inteligencia bastante escaso. El factor más importante del hábito televisivo es, en definitiva, la inteligencia del sujeto: cuanto más baja es, más alto es, en general, el grado de «addiction». En otras palabras, esto quiere decir que la televisión puede llegar a hipnotizar y convertir en esclavos sólo a los niños ya predisuestos, a los provistos de menores defensas. En el caso de los muchachos mayores, un exagerado hábito televisivo es signo de una inadaptación familiar o social más o menos profundo. Para estos muchachos inseguros, tímidos, introvertidos, dotados de poca o ninguna iniciativa, la pantalla del televisor es entonces un refugio, el medio para reducir los contactos con un mundo que se presenta emocionalmente arriesgado y poco prometedor.

Hilde Himmelweit, la estudiosa que ha preparado la encuesta sobre los muchachos ingleses, sostiene que «el único efecto negativo del hábito televisivo es la pérdida del tiempo». Ningún daño hay por esto para la psicología o la personalidad del niño, como tampoco hay ningún daño para su condición física.

Tienen razón, entonces, los padres que no se preocupan de racionalizar la recepción televisiva de sus hijos más pequeños, pero, ¿no será que se sirven de ella para mantenerlos buenos y tranquilos? En el coro de respuestas optimistas no faltan, en verdad, opiniones menos confortantes. Dice, por ejemplo, William Schramm, que es uno de los más autorizados expertos americanos en la materia: «Cada madre que utiliza frecuentemente la televisión como «baby-sitter» debería ser consciente de los riesgos que corre». El primer riesgo es el de alentar un comportamiento pasivo, antisocial, del niño, porque la educación televisiva le habituó a sustituir el concepto de «saber» por el de «hacer», lo fuerza a una noción del todo estéril —según Evi Tarroni, una notable socióloga italiana, el teleniño está en condiciones, ya a los dos años, de reconocer las notas musicales de las transmisiones y de leer las matrículas de los coches—. El segundo riesgo, quizá más grave y temible,





*La televisión
puede llegar a hipnotizar
y convertir
en esclavos sólo
a los niños
ya predisuestos,
a los provistos
de menores defensas.*

porque provoca efectos prolongados en el tiempo, está ligado a la actividad fantástica que la televisión puede desarrollar en dosis excesivas en el público infantil, el aislamiento en la ensañación y el rechazo de las relaciones familiares o sociales.

¿A quién es preciso escuchar? ¿A los partidarios de una televisión bastante inútil, pero a pesar de todo inocua, o a los que denuncian riesgos y peligros? Uno de los italianos más calificados para suministrar una respuesta documentada y digna de atención es, sin duda, el doctor Carlo Livi, director del «servizio opinioni» de la Rai-TV, el departamento que estudia las reacciones del público respecto a los programas radiofónicos y televisivos. Dice Livi: «Los riesgos del hábito televisivo existen y no se deben descuidar. Pero hay que observar que el fenómeno nos concierne sólo hasta un cierto punto, más bien es un fenómeno típicamente anglosajón. En efecto, en los países europeos falta lo que es la materia prima del "addiction" televisivo, es decir, la posibilidad de elegir entre numerosos canales y la existencia de transmisiones inintermitidas durante toda la jornada, como sucede en los Estados Unidos y, en menor proporción, en Gran Bretaña. Todavía —añade Livi— los problemas entre nosotros no faltan, y es por lo que estamos encargándonos de una publicación enteramente dedicada a las relaciones establecidas entre la televisión y los niños».

La publicación no está aún dispuesta, deben llevarse a cabo muchas investigaciones, pero he aquí algunas anticipaciones sobre los datos más originales e interesantes. Cer-

ca de un millar de muchachos de ambos sexos, de cinco a dieciséis años, han sido sometidos a observación durante varios meses seguidos, sustituyendo cada cierto tiempo un grupo con elementos nuevos, según la técnica ya ampliamente aprobada del «panel» americano y sometiéndoles periódicamente a entrevistas de psicólogos y pedagogos. Se ha descubierto así que por debajo de los nueve años, un film o una telenovela dejan sólo impresiones incoherentes y confusas en la psicología del joven espectador. Para comprender un film en su conjunto se necesitan, al menos, doce años de edad, y una edad análoga para comprender los gags o chistes más elementales.

los espectáculos de violencia

«La consecuencia inmediata que se puede extraer de estos simples datos —dice Livi— es que la recepción televisiva de los niños no puede ser dejada al azar, debe ser, en cambio, rigurosamente controlada». Aunque no sean peligrosas, las impresiones fragmentarias, desordenadas, que golpean la psicología del niño no preparado para recibir las, para reordenarlas, pueden traducirse de hecho en estados de ansiedad, de nerviosismo y de inestabilidad de carácter.

La otra preocupación de los pedagogos es la de la representación de la «violencia». Las reacciones de los niños ante los espectáculos de violencia han sido sacadas a la luz por las indagaciones efectuadas con gran abundancia de detalles. Se ha averi-

gado de esta forma que los cadáveres dan menos miedo que los heridos, que la agresión con armas de llamas, impresiona a los pequeños mucho más que la agresión con armas de fuego, que los puñetazos no provocan efecto alguno, si se exceptúan los encuentros pugilísticos, que hasta cierto punto los efectos de terror impresionan agradablemente al público infantil. Pero, ¿qué línea es la que no hay que pasar si no se quiere provocar un «shock» y, sobre todo, qué consecuencia pueden tener estas representaciones sobre la psicología infantil? Las respuestas de los pedagogos a estas interrogantes son más bien dispares. Hay quien habla de un efecto beneficioso, catártico, y hay quien, por el contrario, pone en guardia sobre los serios peligros de la violencia televisiva y cuenta el clásico caso de aquel niño perfectamente normal que había arrojado un vaso contra la pared delante de los padres, porque lo había visto hacer en un telefilm. «Son problemas bastante graves —dice Paolo Gonnelli, que dirige y controla las transmisiones infantiles de la Rai-TV— que aún no se han discutido lo suficiente».

dimensión unisexual

El problema de lo que el niño debe o no debe ver en la televisión es, en definitiva, más delicado y general que el del tiempo que debe dedicar a la recepción, y se refiere, en primer lugar, a la propia televisión. ¿Con qué criterios, sobre la base de qué garantías se programan actualmente, por ejemplo, las transmisiones infantiles?

«Hasta hace algún tiempo —admite Gonnelli— hemos procedido de modo más bien empírico; concedíamos mucha más atención al espectáculo, al carácter recreativo del programa, que a sus responsabilidades pedagógicas, y cuando éstas se tomaban en consideración era sólo en un sentido estrictamente negativo: se pensaba en lo que no se debía hacer o decir y no en lo que se podía enseñar a los niños». Hace falta reconocer que hoy en día las cosas están cambiando. La Rai-TV tiene un equipo bastante nutrido de consejeros y expertos en pedagogía y psicología infantiles. A este cuadro de especialistas corresponde el mérito de una decisión muy importante: la de haber dividido los programas para niños en dos ciclos distintos, uno reservado a los más pequeños, es decir, de cuatro a seis años —por debajo de los cuatro años, subraya Gonnelli, los niños no deben, en ningún caso, ver la televisión: las imágenes se suceden con demasiada velocidad para ellos y pueden asustarles fácilmente, como en una pesadilla nocturna—, el otro, a edades superiores. Otro de sus méritos es el de haber propuesto y recomendado insistentemente una liberación gradual de los programas americanos, que tenían prácticamente el monopolio de nuestras emisiones infantiles. Hay programas caracterizados por la repetición de esquemas fijos en series interminables —«Tin Tin» ha alcanzado los cuatrocientos episodios— y motivados por exigencias comerciales más que por auténticas necesidades pedagógicas. «Los telefilms americanos —dice Gonnelli— parecen más bien hechos, en su gran mayoría, para adultos con mentalidad infantil que para un público infantil. Desde el punto de vista educativo, su contribución es de pura evasión y entretenimiento, es decir, prácticamente nula».

Sin embargo, la liberación que apuntamos no es fácil, y no sólo porque los programas americanos cuestan poco, sino, sobre todo, porque en Italia faltan autores para niños, faltan escritores y realizadores capaces de conciliar la diversión y el espectáculo con la función educativa.

Una encuesta muy instructiva llevada a cabo por cuenta de la Rai-TV por el instituto Agostino Gemelli, ha revelado que el amor heterosexual es un componente casi excluido del universo de los programas televisivos para muchachos. Este valor, de hecho, aparece sólo en cinco emisiones sobre ciento quince examinadas en la encuesta. La dimensión televisiva es, en definitiva, rigurosamente unisexual; cualquiera que pueda ser el valor pedagógico de una dimensión de este tipo es fácil juzgarla. ■ GIUSEPPE TALANO. Fotos Archivo.